

LA ENCRUCIJADA DE PODEMOS Y LOS LÍMITES DE SU HIPÓTESIS POPULISTA

Francisco Figueroa • Luis Thielemann



RESUMEN:

Con una sólida determinación por superar la derrota histórica de la izquierda, Podemos ha podido presentarse como una alternativa real de gobierno en España. Pero en su corto y vertiginoso periodo de existencia, los claroscuros de su política ilustran también el desarme heredado de la derrota. Incierto potencial transformador se aloja en una hipótesis subordinada en gran medida al campo mediático y la lucha discursiva, en tanto práctica capaz de configurar audiencias y masas votantes, pero insuficiente como guía para la articulación de nuevos sujetos populares. Esta dificultad, aunque sostenida en un ideario político, expresa también las contradicciones de la apelación a una transversalidad social contrapuesta a la que ha sido su base real de apoyo.

PALABRAS CLAVE:

- Podemos.
- España.
- Laclau.
- Gramsci.
- Alianza social.

La emergencia de Podemos en el cuadro político español ha llamado la atención de la izquierda en todo el mundo. Su precipitada acumulación de adhesión entre los sectores medios y populares golpeados por la crisis económica, así como su eficacia a la hora de penetrar en el debate público español, han puesto a esta joven agrupación en el centro del debate de izquierdas sociales y políticas ubicadas en condiciones y latitudes muy diversas, dinamizando las discusiones tendientes a repensar los intentos por revertir la crisis de incidencia política de los sectores subalternos en las sociedades contemporáneas. Este hecho instala la necesidad de revisar críticamente la experiencia de Podemos, poniendo especial atención en la solidez de los supuestos que fundamentan su estrategia y práctica política.

Podemos enfrentará en diciembre de 2015 el que sus principales dirigentes han presentado como su principal desafío en lo que lleva de existencia, las elecciones generales de España, en las que se renovarán las Cortes Generales, el Senado y el Congreso de Diputados, legislatura que a su vez elegirá una nueva jefatura del gobierno nacional. Al respecto, Pablo Iglesias, secretario general de la organización, ha dicho que “Podemos nació para ganar las elecciones generales”¹, añadiendo que rechazarán formar parte de una coalición de partidos que asuma la forma de un frente de izquierdas, para privilegiar en cambio una confluencia con otras fuerzas sociales y políticas bajo lo que llaman la “marca” de Podemos. Frente a las presiones de la izquierda tradicional para converger en una alianza electoral, Iglesias ha respondido desafiante: “Que se queden con la bandera roja y nos dejen en paz. Yo quiero ganar”².

El énfasis puesto por los principales cuadros de Podemos sobre la centralidad de las elecciones generales de diciembre, junto a su insistente búsqueda de un diseño electoral que les permita continuar proyectando el capital simbólico asociado a su condición de partido “nuevo” y ajeno al clivaje izquierda/derecha, ha desatado un acalorado debate al interior de la formación y entre su dirección, y los dirigentes de la izquierda tradicional -representada principalmente por Izquierda Unida (IU)- y algunos de los representantes del activismo anti-austeridad español. La hipótesis de la dirección del partido para la transformación en mayoría del descontento manifestado en el 15M³ y en las últimas elecciones europeas, se basa en la apelación a una transversalidad social, ajena al clivaje izquierda/derecha y enemistada con las tradicionales lealtades partidarias.

La hipótesis, más allá de su efectividad electoral, se sostiene sobre los frágiles cimientos de una concepción de la política confinada a la “lucha por el sentido” y una singular forma de instrumentalización de lo social, centrada en la formación de audiencias y masas votantes antes que en la conformación de sujetos populares protagónicos de la lucha política. Se trata de una aproximación influenciada por el pensamiento de Ernesto Laclau y su llamado “populismo” de izquierdas, fenómeno que a su vez no puede reducirse a una polémica teórica, sino que es expresión del tipo de enraizamiento de Podemos en las luchas sociales, de todavía escasa organicidad y en permanente tensión entre la apelación a un transversal social abstracto y la efectiva activación, en la protesta y el voto, de sectores populares y medios en disputa con el PSOE. De esta forma, no obstante representar una de las más significativas traducciones prácticas de la “toma de conciencia” de la derrota histórica de la

1 Iglesias, P. (2015, 3 de mayo). Guerra de trincheras y estrategia electoral. *Público.es*. Recuperado de: <http://blogs.publico.es/pablo-iglesias/1025/guerra-de-trincheras-y-estrategia-electoral/>

2 Picazo, S. y De Delàs, M. (2015, 24 de junio). Pablo Iglesias: “Que se queden con la bandera roja y nos dejen en paz. Yo quiero ganar”. *Público.es*. Recuperado de: <http://www.publico.es/politica/iglesias-quiero-ganar-dejen-paz.html>

3 El 15M, también “movimiento de los indignados”, es como se denomina a una serie de ocupaciones de plazas y lugares públicos en las principales ciudades españolas, especialmente Plaza el Sol en Madrid, por asambleas espontáneas durante el día 15 de mayo de 2015 (de ahí su nombre), y que fueron muy críticas de las recetas de austeridad como salida de la crisis.

izquierda del siglo XX, al decir de Perry Anderson, los claroscuros de la política de Podemos ilustran también los vacíos y dilemas irresueltos que dicha derrota legó a sus herederos en el siglo XXI⁴.

I. DESDE Y CONTRA LA DERROTA

La emergencia de Podemos no puede comprenderse por fuera del agotamiento del sistema de dominación posfranquista instaurado en 1978 y la crisis de su régimen político gatillada por la recesión económica iniciada en 2008. Se trata de una crisis larvada durante largos años producto de la fractura de las bases sociales del consenso que administraron el Partido Popular (PP) y Partido Socialista Obrero Español (PSOE), cristalizado en el pacto constitucional del '78 y en un modelo bipartidista de gobernabilidad que, a pesar de no ser amenazado políticamente durante más de 30 años, perdió sostenidamente su capacidad de procesar demandas sociales y reproducir la lealtad con el régimen. El deterioro de la legitimidad de las elites políticas arrastró consigo el prestigio del resto de las instituciones que permitieron su hegemonía, entre ellas el Parlamento, la monarquía, los grandes medios de comunicación y los sindicatos oficiales.

Para la configuración de esta situación, que abrió la oportunidad histórica para la emergencia de Podemos, resultó decisiva la crisis económica. Entre 2007 y 2008 el desempleo en España se duplicó y no hizo sino crecer los cinco siguientes años. Si en 2007 el paro fue del 7,95% de la fuerza de trabajo, en 2013 alcanzó un 26,35%⁵. El entonces oficialista PSOE respondió con la aplicación de un plan de "austeridad" que significó una reducción del empleo público en 2008, una disminución del gasto en pensiones y la introducción de una reforma laboral antipopular en 2010 y el recorte de los presupuestos en salud y educación en 2011. La crisis puso fin al ciclo de crecimiento iniciado en los noventa, pero fue también el último estertor del ciclo largo que llevó a la economía española de una condición de semi-industrialización con desarrollo relevante de la manufactura, la siderurgia y la minería hasta la década de 1970, a una de subordinación a las economías del norte europeo y la especulación financiera, basada en la actualidad principalmente en los servicios y el turismo.

De esta forma, la iniciada en 2008 no fue una crisis económica más, sino un síntoma de la crisis de época que atraviesa Europa. Desde entonces, la crisis financiera, la de los sistemas del bienestar, de la migración y de las grandes ciudades burguesas, han sido formas particulares de la crisis general de la unidad europea, fraguada bajo la hegemonía nacida con el fin de la Segunda Guerra Mundial. El núcleo dirigente de Podemos tuvo la capacidad de percibir la profundidad histórica de la crisis y comprender que había acelerado el curso de modificación de las formas de identificación con la política española. El clivaje autoritarismo-democracia, que reducía el contenido de la democracia a su dimensión político-formal y le sustraía su contenido social, resultaba incapaz de explicar las nuevas conflictividades y representar las aspiraciones de mejora social, horadando así el basamento material de la concentración de la lucha política en el bipartidismo PP-PSOE.

Este síntoma español de la crisis de época europea se expresó de dos formas entre las fuerzas subalternas; primero, con la demostración de la total incapacidad de los viejos actores sociales y la izquierda tradicional para hacerle frente, y segundo, con el desborde de las estructuras

4 Anderson, P. (2000). Renovaciones. *New Left Review*, (2), pp. 5-20.

5 Según el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) de España.

políticas y sociales tradicionales a manos de los sectores más radicalizados de las franjas medias y populares de la “España neoliberal” que significó la revuelta del 15M en 2011.

En cuanto a lo primero, deben recordarse las huelgas contra la austeridad convocadas en 2010 por la Unión General de Trabajadores (UGT) y las Comisiones Obreras (CCOO), sindicatos ligados históricamente a la izquierda tradicional, que no tuvieron mayor impacto fuera de los alicaídos sectores económicos del modelo de bienestar (empleados fiscales, obreros industriales y mineros). Para la nueva izquierda española, radical o populista, y para importantes franjas de jóvenes obreros y de capas medias ligados a los servicios y al subcontrato profesional, estas huelgas comprobaron la impotencia del viejo movimiento sindical, domesticado hasta sus cimientos por el pacto del '78. Lo comprobaron además en el plano de la propia lucha social, porque pocos meses más tarde estos mismos sectores irrumpirían en la escena para enfrentar la subordinación del sistema político al poder financiero y denunciar su incapacidad de sacar a España de la crisis.

El gran acierto de la dirección de Podemos en la fase de gestación del partido, que arranca formalmente en la antesala de las elecciones europeas de 2013, radica en su determinación de apropiarse creativamente de las nuevas condiciones de lucha que imponían las profundas transformaciones sociales ocurridas desde los ochenta y el agotamiento del régimen de 1978, y de las cuales estos eventos eran síntomas particulares pero muy avanzados. Porque no se trata de cualquier crisis, es la última de las crisis, de una serie permanente que comienza con el siglo XIX, de un Estado que no ha cuajado como nación y que por lo mismo mantiene una estructura económica que liga regiones e identidades nacionales con asimétricos tributos y beneficios de participación en la misma.

El núcleo dirigente que entonces conformaron los académicos de la Universidad Complutense de Madrid (del que provienen cuadros como Pablo Iglesias, Íñigo Errejón, Juan Carlos Monedero), le imprimió a la naciente fuerza una decidida vocación de ruptura con el conservadurismo de la vieja izquierda, en cuyas filas militaron en su juventud. Pero los lastres no sólo se ubicaban en la izquierda histórica, sino también en el movimentalismo de fuerte cultura basista y anti-política que había protagonizado las protestas anti-globalización de fines de los '90, en el que también participaron. Conscientes de que el culto a lo social como reemplazo de lo político facilitó la desarticulación de dicho proceso y su utilización como efímera base electoral para el retorno del PSOE al poder, los cabecillas de Podemos se plantearon como superación de esa experiencia, cuyas insuficiencias también amenazaban con ahogar la proyección del 15M.

II. LA HIPÓTESIS MEDIÁTICO-POPULISTA

La dirección de Podemos hizo gala de una notable astucia para acumular fuerzas en el contexto de la crisis e instalar como centralidad política para la fuerzas de cambio la lucha por la recuperación de la soberanía democrática. En paralelo a la pugna con la izquierda y el movimentalismo que permitió estos aciertos, sin embargo, el núcleo dirigente de la formación exhibió una obsesión, pocas veces asumida y defendida con tanto vigor como lo han hecho sus principales cuadros: la de reducir el campo de la política al campo del discurso, concibiendo como su principal contenido el de la “lucha por el sentido”. En esta línea, la hipótesis fundante de Podemos, según Pablo Iglesias, arranca de la convicción de que la crisis política creó las condiciones para “generar discursivamente una identidad popular politizable

electoralmente”⁶, propósito alcanzable por la vía de “agregar las nuevas demandas derivadas de la crisis en torno a un liderazgo mediático capaz de dicotomizar el espacio político”⁷.

Esta concepción (dejando por ahora a un lado sus más que discutibles supuestos sobre los modos de configuración de identidades y acción colectiva, así como su europea justificación en los procesos latinoamericanos de la llamada “década ganada”⁸), ha llevado a Podemos a concentrar su acción en la prédica mediática contra la austeridad y sus perspectivas a la lucha electoral más que en la construcción de actores al calor de los conflictos desatados por la crisis (los grupos de activistas -como los antidesahucios o las mareas- se alían electoralmente con Podemos, pero con independencia de ellos, como en Barcelona y Madrid). Con ello Podemos ha logrado construir apoyos electorales y masas votantes, pero no sujetos capaces de protagonizar la lucha política y de ese modo alterar su carácter social. En lo segundo no parece haber negligencia, es simplemente que no parece un observable ni, por lo tanto, una dimensión prioritaria del trabajo político.

Los cuadros dirigentes de la formación, principalmente Errejón e Iglesias, han formulado esta hipótesis a partir de la reconocida influencia de Ernesto Laclau. En la obra del argentino (que, es preciso decirlo, en realidad escribió desde Inglaterra), desde mediados de los años setenta⁹ del siglo pasado, comienza una desaparición teórica del principio marxista según el cual el proceso productivo “en general” determina las formas y límites de la política. En su crítica al debate entre Poulantzas y Milliband en 1975, negará la posibilidad de que el sistema económico fuese determinante en “última instancia”¹⁰. De esta forma, comienza a hacerse parte del giro mayoritario de las ciencias sociales europeas, en que el centro del análisis social está enfocado en los sentidos que las personas le conceden a la política. Así, la lucha de clases dejó de ser el motor de la historia, y en su lugar quedó lo que los sujetos pensaban de ella, cómo se imaginaban en la misma. A partir de ello, se fue realizando un divorcio teórico entre lo político y lo social, en que lo primero tenía una autonomía respecto de lo segundo, ya no relativa sino absoluta, situada en la esfera del discurso.

Este giro no ocurrió en el vacío, por el contrario, fue el acomodo teórico producido en las últimas décadas del siglo XX entre los partidos socialistas y comunistas y sus bases populares. Desde la publicación en 2006 de *La Razón Populista*, el viraje de Laclau se completó: el antagonismo central de la política ya no sólo se conformaba en autonomía de la lucha de clases, sino que era posible construirlo a partir de una orgánica específica: una alianza popular movilizadora en función de un objetivo difuso a propósito (el famoso ‘significante vacío’) y guiada por un líder que resuelve las contradicciones de la alianza, externalizándolas en el conflicto antagónico previamente construido¹¹.

Esta argumentación barre de un plumazo la centralidad de las relaciones sociales de producción, su carácter asimétrico como agravio, original y en reactualización, de la conflictividad social en el capitalismo. Sin la centralidad del trabajo como orden fundamental de la vida y las relaciones sociales, y por ende, de las bases para la construcción de intereses sociales como centros gravitatorios de la política, es fácil para tal argumentación sostener

6 Iglesias, P. (2015). Entender Podemos. *New Left Review* (93), p. 20. (Las cursivas son nuestras).

7 *Ibid.*

8 Para abundar en esta justificación se recomienda acudir al mismo artículo de Iglesias en la *New Left Review* antes citado.

9 Por ejemplo, desde su texto de 1975 “La especificidad de lo político”. Recuperado de: http://aleph.org.mx/jspui/bitstream/56789/5946/1/DOCT2065114_ARTICULO_10.PDF

10 *Ibid.*

11 Laclau, E. (2006), *La Razón Populista*. México D.F.: FCE.

casi cualquier cosa en la lucha por el poder. De esta forma, “la agregación de demandas individuales en imágenes comunes”¹² (un liderazgo individual, un prócer del pasado o la patria, o todo eso a la vez) se convierte en la principal herramienta de acumulación de fuerzas del denominado “populismo de izquierdas”. Como veremos más adelante, este no es un error teórico, sino la consecuencia teórica de una práctica de izquierda que se vio paulatinamente alejada en el último cuarto del siglo XX de las luchas centrales por el poder, a la vez que perdía capacidad de conducción de masas populares.

El problema, ya no teórico sino que práctico, salta incómodo cuando tales imágenes comunes son adoptadas en su totalidad o en fragmentos aislados, por fuerzas políticas antipopulares. Al hacerlo, y al no haber mayor relación entre bases sociales e instrumento electoral (y el “líder”) que tales imágenes comunes, las demandas de cambio que se identificaban en Podemos son procesadas dentro de los límites del “mercado de imágenes” de la disputa electoral. Eso es lo que sucedió en las recientes elecciones catalanas del 27 de septiembre: mientras el independentismo sí expresa una alianza de fuerzas sociales, cuya identidad está constituida al calor de un conflicto centenario y se ha reactualizado en la crisis; la tesis del “cambio” de Podemos no expresaba ni siquiera la alianza social que le permitió ganar las elecciones en Barcelona este mismo 2015, con sus organizaciones de base y ciudadanas, sino la unidad de la izquierda y una “marca” que ya vio pasar su momento de sorpresa. Opciones electorales abiertamente neoliberales como Ciudadanos y Juntos por el Sí, lograron copiar y enmascararse en la forma del cambio democrático, usar frases y consignas similares, alcanzando buenos resultados. El problema no es de marketing electoral, por el contrario, es precisamente de la sobrevaloración del momento electoral respecto de los tiempos más lentos de la politización popular, en que el nacionalismo catalán fue visto como un elemento discursivo, dúctil a la “disputa de sentido”, y no como una identidad profunda difícilmente sorteable por una respuesta teórica o electoral de última hora. Nuevamente no se comete un error, sino que el desarme teórico y la lenta maduración política de masas, impide a las fuerzas políticas de izquierda abarcar el problema integralmente.

Toda la “técnica social” que contiene la argumentación del populismo se sostiene en un particular uso del lenguaje gramsciano. Así, palabras como hegemonía y consenso se veían despojadas de cualquier contenido específicamente referido al tipo de relaciones sociales, a las estructuras permanentes de la sociedad, para volverse herramientas de administración de la competencia en la ‘pequeña política’. El uso “a lo Laclau” de un Gramsci que es método de una política sin sujeto y sin ruptura histórica, es similar al uso que el mismo pensador sardo hiciera de Maquiavelo, es decir, como un técnico de una praxis política que puede ser usada para un fin distinto al original. Laclau es un pensador que da instrumentos para que la izquierda pueda ser gobierno -o, al menos, ganar elecciones- sin buscar o, en el mejor de los casos, postergando el problema de la constitución de una fuerza social movilizadora en pos de la superación del orden social capitalista¹³.

12 La frase procede del epígrafe del escrito de Pablo Iglesias en la *New Left Review* de julio de 2015. El texto completo es: “Todo cambio político en un sentido progresista pasa por constituir al pueblo como actor colectivo. Y esto requiere la agregación de demandas: demandas individuales que confluyen en imágenes comunes y una cierta dicotomización del espacio político”. Antiguamente a ello se le llamaba corporativismo, en contraparte al clasismo, vale decir, la articulación del malestar individual en una demanda colectiva (de toda la clase), imposible de desagregar, que se expresa relacionamente antagónica al interés de otro colectivo de clase. *Ver Op Cit.*, 6, p. 9

13 Notorio resulta este uso de Gramsci como ‘técnica’ de la pequeña política, al borde del marketing electoral, en un texto de Iglesias denominado “Guerra de trincheras y estrategia electoral”, en el cual la técnica electoral se ve elevada a la disputa de la sociedad civil en Occidente, que el pensador sardo identificó con la guerra de posiciones. Iglesias, P. (2015, 3 de mayo). Guerra de trincheras y estrategia electoral. *Público.es*. Recuperado de <http://blogs.publico.es/pablo-iglesias/1025/ guerra->

III. UNA EPISTEMOLOGÍA DE LA PEQUEÑA POLÍTICA

Muy determinante también en la formulación política de Podemos es la formación de sus principales cuadros, todos ellos científicos políticos (Iglesias, Monedero, Errejón). Es de ahí que proviene también la particular lectura de Gramsci como herramienta para orientarse en la política. Pero para Gramsci, la política no se realizaba en una sola dimensión, como sucede en los planteamientos de Laclau.

Un problema presente en los discursos y tesis de la dirección de Podemos, es la confusión entre la pequeña y la gran política, o entre la política y lo político. Gramsci notó que con las constituciones y democracias parlamentarias se asentó la convicción de que se había iniciado una época de evolución natural de las sociedades, habiendo éstas “encontrado sus fundamentos definitivos porque eran racionales”. Así, el concepto política pasó a convertirse en sinónimo de intrigas parlamentarias y camarillas personales. A ello le llamó ‘pequeña política’, política de “las cuestiones parciales y cotidianas que se plantean en el interior de una estructura ya establecida, debido a las luchas de preeminencia entre las diversas fracciones de una misma clase política”. La corrupción de ‘la casta’, que no era nueva para Gramsci en 1931, tampoco debería serlo hoy. En cambio, es notoria su obsesión porque la política socialista tuviera objetivos respecto de lo que denominó la ‘gran política’, política de “las cuestiones vinculadas con la función de nuevos Estados, con la lucha por la destrucción, la defensa, la conservación de determinadas estructuras orgánicas económico-sociales”¹⁴.

En una argumentación que sostiene la autonomía de lo político, la pequeña política se convierte en toda la política, pues la gran política requiere inevitablemente la disolución de la alianza en torno a una imagen difusa y su reemplazo por una situada en clases sociales dispuestas a la “fundación de un nuevo Estado”, capaces de hacer frente a la alianza nacional e internacional de quienes sostienen, en el caso de Podemos, la ‘Europa de la austeridad’. De allí parece provenir la enorme confianza depositada por la dirección de Podemos en la capacidad constituyente de los momentos electorales, o más bien, de las elecciones generales que tendrán lugar probablemente en diciembre de 2015 como clímax del ciclo abierto por el 15M, y que se identifica con la emergencia de un nuevo actor político. Podemos, ha dicho Iglesias, es “una fuerza política que aspira a redefinir electoralmente el tablero político”¹⁵. El problema antes planteado, surge otra vez: el ser gobierno sin ser, a la vez, fuerza social hegemónica. Para lo primero basta con una mayoría electoral, circunstancial; para lo segundo, se necesita una fuerza social de permanente disposición política, conducida para la conquista de posiciones hegemónicas en la sociedad. En España no se ha conformado siquiera lo primero, salvo en algunas ciudades grandes. Lo segundo, además de todavía lejano, no asoma como una de las principales preocupaciones del núcleo dirigente de Podemos.

Esto no es culpa de Podemos, no es que exista un “error” en su actuar que haga que privilegien el itinerario electoral por sobre el ritmo de la movilización popular. Es el problema de la definición de una izquierda no por contenidos estratégicos compartidos por una clase o una alianza social anticapitalista, sino que ante la inexistencia de ésta última, se ven obligados a actuar por la agregación de demandas democráticas, muchas de ellas contradictorias¹⁶. En

de-trincheras-y-estrategia-electoral/

14 Gramsci, A. (193?). Gran política y pequeña política. *Cuadernos de la Cárcel* [Cuaderno 8 (XXVIII), 19 bis-20]. Recuperado de http://www.gramsci.org.ar/tomo4/175_gran_pol_y_p.htm

15 *Op Cit.*, 13, p. 15

16 Ejemplo de esto ha sido la tensión existente entre los independentismos de izquierda en comunidades como la catalana y el afán de construir una mayoría social y política de alcance nacional que redefina el carácter del Estado español.

momentos críticos de definición, esa epistemología de corto alcance que fue útil para ganar en la ‘pequeña política’, se vuelve impotente¹⁷. El gran problema que enfrenta Podemos es haberse convertido en una fuerza electoral sin que ese proceso se haya visto acompañado de la conformación de una alianza social que los sitúe como su vanguardia. Dicho en otras palabras, fueron más rápido que lo que avanzó la politización popular que se echó a andar con la crisis. Esa es su encrucijada: cómo no dejar de avanzar electoralmente sin a la vez distanciarse de los procesos de formación de fuerza social en los sectores populares de España.

Pero si bien Podemos no es responsable del profundo desarme del campo popular español ni tampoco de su lento y aún incierto rearme, sí lo es por no desnaturalizar dicha situación, y, en vez de ello, reafirmar la práctica política de laboratorio, que no logra superar la dispersión abstracta de los malestares populares. Como se ha planteado, hay una base histórica y material para la formulación y adopción de esta impotencia política, a saber, una insuficiencia general en la comprensión del capitalismo contemporáneo y la sociedad que forma. Esta situación es común a toda la izquierda y en organizaciones como Podemos o Syriza resaltan precisamente porque en su inédito avance han topado con tales deficiencias como insalvables escollos.

Gramsci insistía en que el arditismo, vale decir, la construcción de formaciones irregulares para la lucha político-militar, no era expresión de novedad o superación en la práctica política de los subalternos, sino de la debilidad de los mismos, de su imposibilidad de dar batalla con un ejército en forma. La idealización en positivo que se hiciera de sí misma la franja militante que existió en Europa en las tres últimas décadas, fortaleció la creencia en que la indefinición orgánica así como del carácter social o ideológico de una fuerza política, en función de una lucha de clases ya en marcha, era una fortaleza más que una debilidad. La escasa institucionalidad del activismo contra el también difuso enemigo llamado “Globalización”, en el cual el núcleo dirigente de Podemos se formó, no fue nunca algo siquiera remotamente parecido a un movimiento social, no por lo menos como los que conocemos. El activismo anti-globalización del ciclo de 1999 a 2003, en su diversidad reactiva a la agenda de foros de los poderosos, fue absorbido por las candidaturas socialdemócratas del “No a la guerra” emprendida por Bush en Afganistán e Irak, como la de Zapatero en España.

De la misma forma, mientras se ha construido con velocidad una herramienta electoral para expresar a las masas del 15M, no ha sucedido lo mismo con la articulación de voluntades colectivas de ruptura con el régimen ancladas en el malestar popular, en la angustia existencial de las pauperizadas capas medias que dicho movimiento expresó. Como bien resaltó el sociólogo madrileño Emmanuel Rodríguez, “Podemos ha concitado a aquellos sectores sociales con menos encaje en el marco de integración social y económica del régimen político español y que han experimentado de una forma más aguda las consecuencias de la crisis. Estos segmentos se reconocen en una triple fuente: las clases medias pauperizadas, las distintas clases obreras en sus configuraciones más variopintas y los sin trabajo remunerado”¹⁸. La ausencia de dichos sectores como fuerza determinante de la política, de la ‘gran política’, de Podemos es lo que ha hecho que la dirección del partido se sumerja cada vez más en las densas aguas de la pequeña política. Esta situación abre una nueva paradoja: cómo es posible

17 El enfoque dado a la naturaleza de los desafíos que supone ser gobierno o, como ha dicho Iglesias, “la responsabilidad derivada de escenarios poselectorales”, grafica de nuevo esta cuestión. Respecto a la conquista de posiciones de gobierno en las elecciones autonómicas de 2015, Iglesias vuelve a situar las dificultades que dicho paso implicaría en el plano del discurso y la imagen: “el empoderamiento institucional nos protegerá y nos dará experiencia, pero, al mismo tiempo, puede hacernos perder nuestra frescura de *outsiders* y enfrentarnos a contradicciones susceptibles de dañar nuestro objetivo fundamental”.

18 Rodríguez, E. (2015, 8 de mayo). Transversalidad o ruptura. Lo que el CIS enseña a Podemos. *Publico.es*. Recuperado de: <http://blogs.publico.es/contraparte/2015/05/18/transversalidad-o-ruptura-lo-que-el-cis-ensena-a-podemos/>

la relación de una fuerza social con un partido sin caer en la tutela partidaria o, al revés, en el partido como aparato de intereses corporativos. No se trata de un problema que aluda al mero incremento de la participación individual al interior del instrumento político, en este caso Podemos. Es un problema que, mucho más allá de los estilos de la burocracia interna de la formación, se refiere a la necesaria construcción y defensa activa de un programa de desmercantilización y democratización para la recuperación de soberanía como el que se propone Podemos. Y eso no es algo para lo que existan recetas, a Podemos no le queda más que experimentar o seguir aislándose cada vez más de sus propias bases.

IV. ¿SOBERANÍA SIN PROTAGONISMO POPULAR?

Se ha sostenido que Podemos tiene por principal valor a su favor el haber podido instalar como centralidad política la lucha por la recuperación de la soberanía democrática. Además, esto lo ha presentado en oposición al vaciamiento de soberanía de los Estados nacionales del sur europeo que ha supuesto la concentración de poder y riqueza bajo el neoliberalismo. Esta vocación democrática ha punzado directamente en la promesa incumplida de la unificación igualitaria de Europa, y que en la realidad ha significado la división del trabajo y la riqueza entre países, organizada unilateralmente durante la crisis por la banca y la burguesía continental. Podemos ha logrado definir con claridad la contradicción fundante de la Europa de la austeridad, a la vez que propone un principio para superarla. La centralidad en la cuestión de la soberanía popular sobre los Estados nacionales no puede desestimarse como mera propuesta “socialdemócrata”; por el contrario, supone, para su materialización, una confrontación directa con los oligopolios favorecidos por las sucesivas resoluciones antipopulares de las crisis económicas recientes, instalando así como una tarea de primer orden la creación de nuevas estructuras estatales.

Por lo mismo, un movimiento histórico con tamaño horizonte no puede renunciar a dirigir un protagonismo soberano del campo popular sobre el proceso político, asumiendo la lucha política como una lucha de alianzas de fuerzas sociales, conducidas pero no suplantadas por partidos, y por ende necesitada de la participación activa y consciente de los organizados de esas fuerzas. Las masas que moviliza Podemos, como se ha insistido a lo largo de este texto, no superan aún la condición que el mismo orden de 1978 les asigna: la de votantes individuales, organizados por intereses privados. La ausencia de fuerzas sociales populares movilizadas en el conflicto político ha acortado la duración disruptiva del batacazo electoral de Podemos en las elecciones europeas de 2014, pues éste no logra eludir con facilidad la presión por reducirlo a una diversificación de la oferta ordenada en el marco electoral de la transición española. Sin fuerzas sociales populares que acompañen y protagonicen el ascenso electoral de Podemos, es muy probable que asistamos, más allá de la voluntad de sus protagonistas, a su unción en ‘Casta’ y su posterior neutralización en el Parlamento.

El problema en el que se encuentra Podemos no es exclusivo de Europa, también aparece en nuestro continente. Como ha sostenido recientemente el intelectual italiano radicado en México, Massimo Modonesi, asistimos a un período de “pérdida relativa de hegemonía, es decir de incapacidad creciente de construcción y sostenimiento del consenso interclasista que caracterizó la etapa de consolidación”¹⁹ de los gobiernos progresistas latinoamericanos. Según Modonesi, este período se caracteriza por “un giro desde un perfil progresivo a uno tendencialmente más regresivo, perceptible tanto en las respuestas presupuestales a la crisis

¹⁹ Modonesi, M. (2015, 27 de septiembre). ¿Fin del ciclo o fin de la hegemonía progresista en América Latina? *La Jornada*. Recuperado de: <http://www.jornada.unam.mx/2015/09/27/opinion/022a1mun>

económica que azota la región como el trato en relación con las organizaciones y movimientos sociales situados a su izquierda”²⁰.

La justificación a este giro se ha hecho visible también en la argumentación de Podemos respecto de su moderación programática y discursiva²¹. Como indica Modonesi, la justificación de los gobiernos latinoamericanos denominados “progresistas” ha consistido en “la defensa de las posiciones de poder, por la necesidad de compensar la pérdida de hegemonía transversal por medio de un movimiento hacia el centro”, hecho que contrasta con la identificación popular y de izquierda que hubo en el origen de estos gobiernos, cuyo ascenso fue protagonizado por movimientos populares antineoliberales. Todo esto como corolario de una “pendiente pasivizadora” que opera como “contraparte de las transformaciones estructurales y las políticas redistributivas (excluyendo la polémica continuidad extractivista y primario-exportadora)” y que habría provocado “una década perdida en términos de la acumulación de fuerza política desde abajo, desde la capacidad autónoma de los sectores populares, a contracorriente del ascenso que marcó los años 90 y que quebró la hegemonía neoliberal, abriendo el escenario histórico actual” en el continente americano²².

Pero no debemos perder el foco crítico. El problema no es sólo la existencia o no de voluntad en Podemos para anclarse en fuerzas sociales dispuestas al conflicto, como si éstas estuviesen allí, esperando ser conducidas por una dirección más “resuelta”. El problema se extiende al hecho de que las mismas no están constituidas de forma crítica y antagónica al consenso del Estado español de 1978. Podemos (y la desilusión del gobierno de Syriza) parece así, al mismo tiempo, la posibilidad y el límite dramático de las izquierdas conformadas al alero de las revueltas de masas de 2011. Éstas, no obstante mantener una copiosa reserva de prédica anti-sistémica y populista, parecen alojar una mezcla de excesiva confianza en sus propias capacidades para moldear a voluntad los límites de las democracias parlamentarias y sus reglas formales del juego, con una igual de abundante desconfianza en la capacidad de las masas populares para extender los límites reales de las mismas y hacer saltar las ruedas de la historia. Desequilibrio manejable de cara a las próximas elecciones generales, pero insalvable en miras al propósito central de incrementar la soberanía popular sobre la política española. ▼

20 *Ibid.* Todas las citas en adelante hechas sobre el trabajo de Modonesi corresponden al mismo artículo de opinión.

21 Para profundizar en esta argumentación sugerimos revisar la entrevista a Pablo Iglesias “España en la encrucijada”, que acompaña el artículo del español antes citado en la edición N°93 de la *New Left Review*.

22 *Op. Cit.*, 19.

SUSCRIPCIONES:

PARA RECIBIR CADA EDICIÓN DE LOS CUADERNOS DE COYUNTURA EN TU DOMICILIO, CONTAMOS CON UNA MODALIDAD DE DONACIONES Y SUSCRIPCIÓN.

► ¿CÓMO PUEDES APOYARNOS?

1. Comprometiéndote con un aporte mensual de 5.000, 10.000, 15.000 pesos o una cifra mayor en la medida de tus posibilidades.
2. A todos quienes hagan un aporte mensual de 5.000 pesos o más se les enviará a su domicilio cada versión de los Cuadernos de Coyuntura que editamos bimestralmente.
3. Puedes elegir la modalidad de pago entre hacer un depósito bancario o una transferencia electrónica mensual a la Cuenta Corriente de Fundación Nodo XXI.



► ¿QUÉ DATOS NECESITAS PARA HACER TU DEPÓSITO?

- Fundación Nodo XXI - RUT: 65.065.819-1
- Cuenta Corriente N°:
008000240709 - Banco de Chile
- Correo de confirmación:
suscripciones@nodoxxi.cl

► ¿A QUÉ DESTINAMOS LAS DONACIONES?

- A la elaboración y difusión de material de estudio sobre problemáticas políticas, sociales, económicas y culturales, con una perspectiva de derechos y un enfoque que destaca por su originalidad y compromiso con el cambio social.
- A la organización de actividades de formación de masas críticas a través del debate, la deliberación y construcción de miradas colectivas, especialmente en conjunto con organizaciones y movimientos sociales de relevancia nacional.
- A la elaboración y socialización de propuestas y opiniones relevantes para la apropiación crítica de nuestra realidad, a través de material para medios de comunicación, redes sociales, columnas de opinión y campañas.